

SANTIAGO DE COMPOSTELA

Y SU PARADOR

SANTIAGO, PASAPORTE PARA LA ETERNIDAD

¶ adie mejor que el turista para bien alcanzar y mejor comprender el mágico y milagroso fenómeno compostelano. ¿Qué es un turista si no un peregrino, un romero, trajinante de ideas, coleccionista de reliquias? Que atraviesa ríos y montañas, de monasterio en hostería; Que supera inclemencias, demoras y penalidades varias en busca de reposo y definitiva reparación de las ansias de su espíritu y de las necesidades de su cuerpo. Y el afán de viajar por viajar, que es conocer; que es vivir otra vida.

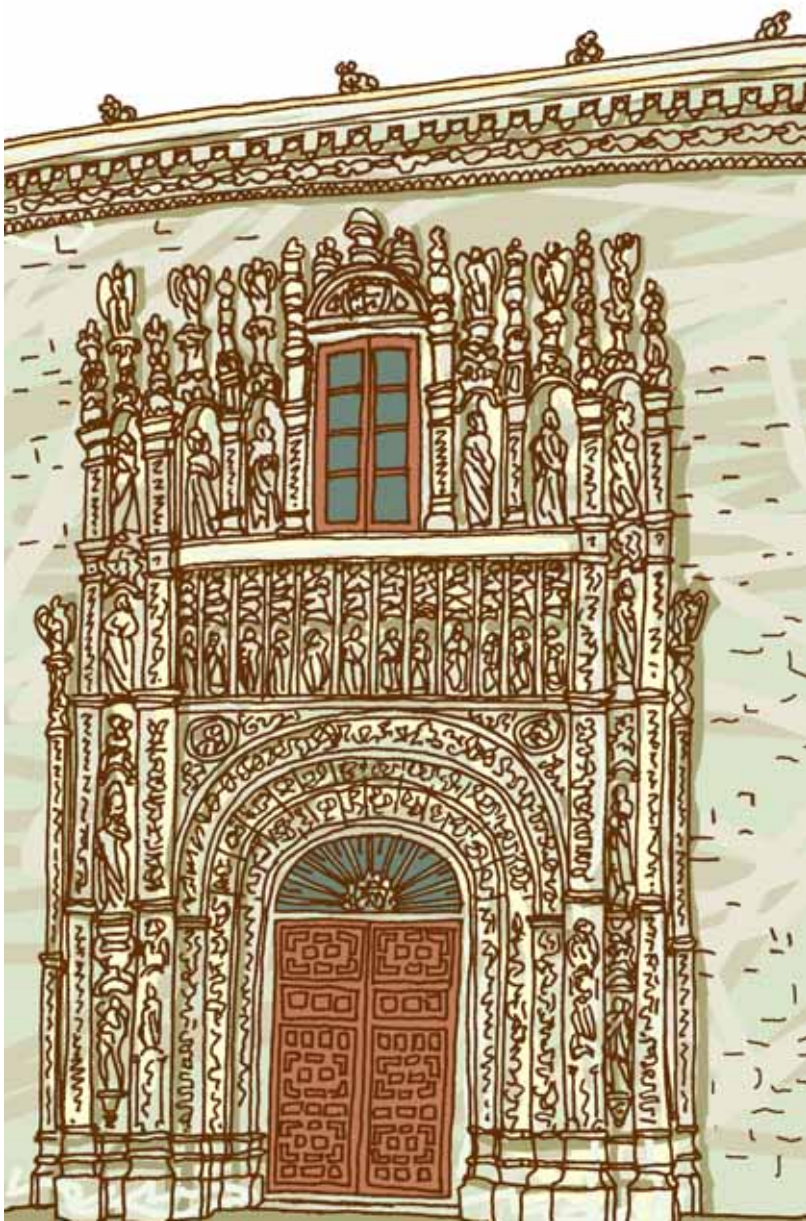
Turista y peregrino son viajeros en busca de similares objetivos: la consumación de un milagro. Reposo y reconocimiento a todos los ajetreos y avatares del largo caminar por la vida cotidiana: ganar el Jubileo.

El principio del milagro se inició en la fragua de los más remoto de los tiempos, allá por la Prehistoria. Por aquellos entonces -más de 3.000 años antes de nuestra Era- los sosegados valles del Sar y del Sarela servían de hogar, refugio y cuartel a tribus indígenas. Las abundantes "mamoas" (dólmenes funerarios) así lo atestiguan. Y así lo reafirman, muchos siglos después, ya en la Edad del Hierro, la existencia de castros en las proximidades y hasta en el propio recinto de esta eterna ciudad. Aquellas primeras tribus indígenas conocieron una cierta civilización con las inmigraciones celtas. Nacería así el "Druismo", primera manifestación mágico-religiosa que perduraría y, tal vez, perdurará por los siglos de los siglos, al menos en el inconsciente colectivo de los pueblos gallegos. Así hasta que bien pronto llegara el conquistador romano, probablemente en busca de las golosinas metalúrgicas de estas tierras: oro, plata y estaño sobre todo.

Ya en el siglo I las legiones imperiales habían clavado banderas y enclavado campamentos en estos confines del "Finis Terrae". Por estos alrededores transcurrían las vías III y IV del Itinerario de Antonino para comunicar Astorga con Braga y Brigantium con Iria Flavia. En los últimos siglos del Imperio se levantaba, justo bajo la Catedral, una "Civitas", según prueban severas y recientes excavaciones arqueológicas. Algo más tarde, pero siempre pronto para la Historia, nacería Compostela, anhelo y punto de redentor encuentro para la medieval cristiandad y la de las generaciones venideras.

Sería en la primera década del s. IX, cuando el Obispo Teodomiro de Iria Flavia (hoy Padrón), alertado por un ermitaño llamado Pelayo, inspeccionaría el sepulcro del "Arca Marmórica". Y "por los varios vestigios encontrados", decide que se trata de la tumba del Apóstol Santiago el Mayor, hijo del Zebedeo.

En estos preámbulos, la Historia se hace leyenda y tradición; se enriquece: se hace milagro. Los relatos medievales no dejan lugar a dudas: Aunque muy bien no se sabe cuándo, es seguro que el Apóstol llegó a estas tierras aprovechando el viaje de alguna nave de comerciantes fenicios. Predicó y predicó el Santo en Orense, en Tuy, en Braga, en Lugo, en Astorga... Así hasta que, siete años después, decidió volver a Jerusalén, donde caería en manos de escribas y fariseos. Fue condenado a muerte y rigurosamente degollado. Pero sus discípulos, al abrigo de la noche, rescataron su cuerpo. Para darle debida y cristiana sepultura en lugar lejano y seguro, embarcaron hacia Iria.



Llegados felizmente a su destino, los discípulos -extranjeros en tierras enemigas- se vieron en grandes dificultades para encontrar un lugar escondido y adecuado para dar sepultura al maestro.

Hubieron de negociar con una poderosa y rica viuda, de nombre Lupa, propietaria de grandes extensiones de terreno por estos contornos. Tras muchas idas y venidas los discípulos fueron presos por la autoridad romana, pero enseguida liberados gracias a la oportuna intervención de un ángel celestial.

Al fin, la indecisa y temerosa Lupa accedió a facilitar un lugar para el sepulcro: el sitio elegido sería en el Monte Ilicino, a escasas leguas de su fortaleza, el Castro Lupario, cuyas ruinas aún se conservan. Era entonces campamento druida, defendido por una feroz serpiente y prudentemente respetado por el temeroso invasor romano. Allí recibiría sepultura el cuerpo del Santo Apóstol, al tiempo que la serpiente moriría de forma fulminante.

Durante años y años los vecinos de Iria Flavia veneraron la tumba del Apóstol, cayendo temporalmente en el olvido hasta que el citado y venerable Teodomiro rescatara el sepulcro, en el siglo IX. Enterado de los hechos -ya la leyenda se funde y se confunde con la Historia- el Rey Alfonso II, llamado el Casto, acude con su Corte en pleno a la tumba del Apóstol. Santiago es proclamado patrono oficial del reino.

La noticia se extiende y llega a Francia. Enseguida de llegar los primeros europeos peregrinos para adorar los restos del Apóstol, ansiosos, además por conocer, las sugestivas tierras del vecino y legendario imperio árabe. Tanto y tanto aumentaría el número de peregrinos, -de todos los confines llegaban- que el Rey Alfonso III hubo de disponer la construcción de una gran basílica en los últimos años del s. IX. Pero el celoso e infiel Almanzor arrasó el templo y la ciudad un siglo más tarde.

Como la Historia suele hacer de necesidad virtud, el descalabro del moro se tornó en la oportuna necesidad de reconstruir templo y ciudad. Con el firme respaldo del Rey Alfonso VI, el Obispo Diego Peláez inicia la construcción de la actual basílica en el año 1075. Y así quedó definitivamente configurada Santiago, una de las ciudades más bellas de este país, como hasta el viajero más incrédulo puede comprobar. Pero, desde sus primeros momentos, la también llamada Ruta de la Perdonanza resultó ser mucho más que una ardiente devoción. Hasta los historiadores más conspicuos advierten de la transcendencia que puede llegar a tener un hecho inexistente o, al menos, discutible y discutido, como el del enterramiento del Apóstol en estas tierras. El fenómeno del Camino fue tan complejo y de tal envergadura que lo de menos es que sean realmente los restos del Patrón los que aquí se encontraron y aquí se conservan. Lo que importa es que las gentes de la Europa medieval así lo creyeran. Sería, en todo caso, una magistral lección de ingeniería de comunicación, una cátedra de sociología aplicada.

Sesudos historiadores ponen de relieve la sospechosa casualidad de que el descubrimiento del sepulcro viniera a coincidir con la llegada al reino astur-leonés de numerosos mozárabes huidos de los dominios musulmanes, necesitados de mostrar a los cristianos sus radicales diferencias, en lo religioso y en lo político, con el Emirato de Córdoba. Los monarcas astur-leoneses supieron ver la excelente oportunidad que el fenómeno del Camino brindaba para levantar el estandarte reconquistador a la vez que reunificar los territorios cristianos un tanto libertarios y un mucho levantiscos.

Los recodos de la Ruta propician una transformación sin precedentes en la sociedad de aquellos tiempos. Se unifican ejércitos. Se repuebla. Se urbaniza. Se legisla. Se comercia. Se investiga. Se cambia: Se progresa.

Pero también a los bordes del Camino, a la sombra de monasterios, santuarios, albergues y hospitales, crece la semilla del milagro y la milagrería, y la hierba de la picaresca. Cuentan las crónicas que Sahagún llegó a convertirse en un jugoso negocio de vino y sexo: hábiles tahúres y mujeres disolutas brindaban al peregrino sus servicios de naipes y lujuria. En este monasterio se llegaron a contar unas rentas anuales por la venta de vino de 3.000 ducados y entre monjes y romeros llegaron a ingerir hasta 150 litros al día.

El mismísimo Aymerico Picaud, autor de la famosa Guía del Peregrino incluida en el Códice Calixtino, cumplió su peregrinar en "compañía de una amiga flamenca".

Al parecer eran más que frecuentes los albergues del Camino acondicionados para el servicio de la prostitución. *"Y el robo y el pillaje y los vendedores de reliquias falsas eran cosa de a diario"*. A tal punto llegaron las cosas que fue preciso poner freno a tanto desmán. A veces por la vía del milagro. Como cuando el Conde Miguel, primo de Bernardo del Carpio, fue sorprendido en violación: Enterado el Apóstol hizo que el violador se quedara *"con la cara torcida y la lengua colgando. Y moriría a los siete días..."*

Otras veces se legisla. Para acotar la especulación, por ejemplo: *"Ni dentro ni fuera de la ciudad, se consientan los revendedores, ni los que tratan en las ferias; y no se compre pescado, ni carne ni marisco, para ganar volviendo a vender, sino tan sólo para comer..."*

En ocasiones se practican los *"Juicios de Dios"*. Sánchez Albornoz recuerda que para caso de robo se acude a la *"caldaria"*: El ladrón debía sacar tres piedras pequeñas de un caldero de agua hirviendo. Después, su brazo era vendado, para descubrirlo tres días después en presencia del pueblo. Si había muestra de quemaduras era prueba inequívoca de culpabilidad...

Al fin,
*"Chegaron a
Compostela,
foron a Catedral
"Gracias, meu Señor
Santiago;
os vosos pes me tex
xa;
si queres tirarme a
vida,
podésmela Señor,
tirar,
porque morrerei
contento
nesta santa
Catedral..."*



HOSTAL DE LOS REYES CATÓLICOS: ALIVIO DE PECADORES, REFUGIO DE PEREGRINOS

“Los peregrinos, tanto pobres como ricos, han de ser caritativamente recibidos y venerados por todas las gentes cuando van o vienen de Santiago. Pues quienquiera que los reciba y diligentemente los hospede, no sólo tendrá como huésped a Santiago, sino también al Señor...”

Guía del Peregrino a Santiago. Códice Calixtino

La historia cuenta el hecho. La leyenda hace el milagro. Rayaba ya el año 1000 cuando el temible caudillo Almanzor irrumpió en Santiago para arrasar todo vestigio del mayor santuario de la cristiandad peninsular. Y así lo hizo sin la menor resistencia de los habitantes, que habían abandonado sus casas y oficios en busca de refugio en los valles y montes próximos.

El feroz caudillo moro hizo llevar a Córdoba, como recuerdo y botín de su hazaña, las campanas de la basílica que serían utilizadas como lámparas en la mezquita. Fueron llevadas a hombros por los cautivos cristianos. Y allí permanecieron hasta que, reconquistada Córdoba, fueron devueltas y acarreadas a su lugar, también a hombros esta vez de esclavos musulmanes.

Lo milagroso del hecho fue cuando Almanzor entró en la Catedral. Ante la tumba del Apóstol se encontró con un anciano fraile haciendo oración, arrodillado. Asegura la leyenda que se trataba del mismo Obispo de Iria, Pedro de Mezonzo. El caso es que la ferocidad del caudillo se tornó súbitamente en mansedumbre o temor, al punto de que respetó el sepulcro y el fraile, retirándose sigilosamente, no sin antes dar de beber a su caballo el agua bendita de la pila bautismal, tal vez como secreta señal y prueba de acercamiento a la fe del infiel enemigo. El resto del templo no corrió la misma suerte: Fue totalmente destruido y saqueado.

Sucesos milagrosos como éste eran frecuentes en la ciudad y en el Camino “y eran motivo de admiración y comentario para la multitud de peregrinos que de todas partes llegaban...” Afirman las crónicas que entre los siglos XII y XV llegaban a Santiago entre 300.000 y

500.000 romeros. Venían de todas partes: francos, gascones, bretones, borgoñeses, tolosanos, provenzales, normandos... Y también ingleses, alemanes, lombardos “y de otras gentes de diversas naciones y extrañas lenguas...”

Por el camino de la Perdonanza circulaba por entonces una permanente riada de todo tipo de pecadores y penitentes. Unos en busca de indulgencias y perdones y otros muchos con intenciones menos confesables: nobles y santos; vagabundos y pícaros profesionales que ejercían al amparo de la generosa protección y hospitalidad del Camino que garantizaba comida caliente y pan, cama y vino.

Esta misma Plaza del Obradoiro fue punto de encuentro de lo más representativo de la sociedad de aquellos tiempos medievales. Gentes todas en busca de sustento; unas espiritual, otras con apetitos más prosaicos. Todos necesitados.

Los Reyes Católicos, ya a punto de coronar la Reconquista y unificados sus reinos, decidieron hacer regia peregrinación. En 1488, cuando la toma de Granada era sólo cuestión de paciencia. Ya para entonces era Santiago centro de devoción y de generosas dádivas procedentes de nobles y reyes europeos. Como fue el caso, entre otros muchos, del Rey de Francia Luis XI que regalaría a la Catedral un enorme incensario de plata (costaría cerca de los 1.000 ducados) o las “dos mayores campanas que se pudieran hacer y que no las hubiera mayores...” Añádase a todo la estratégica conveniencia que para el naciente imperio representaba Compostela, cáliz y crisol de la Cristiandad.

Así que, por unas o por otras razones, los Católicos Monarcas ponen sus ojos en Santiago. Poco antes de emprender su peregrinar, la Reina -tal vez como embajada y anticipo- estipula una renta para la Catedral de 35.000 maravedíes anuales “por la gran devoción que tengo al bienaventurado Apóstol, Señor Santiago, luz e patrón e guiador de los Reyes de España...”



Al fin llegaron los monarcas a Compostela. Y tras cumplir con el devoto y piadoso protocolo de postrarse ante el Sepulcro, advirtieron que el Hospital que había era viejo y resultaba insuficiente para atender las necesidades de los muchos peregrinos que a la ciudad llegaban, obligados a dormir donde podían: en el interior de la Catedral o incluso a sus puertas. Resultaba de todo punto preciso construir un nuevo hospital *“capaz de dar cumplido y decoroso servicio a todos los devotos, enfermos y sanos que a la ciudad llegaren...”*

Consumada la toma de Granada, estipulan los Reyes que una parte de las *“rentas de guerras”* sean destinadas a costear la construcción del nuevo hospital. Fue designado como administrador y gerente de la obra Don Hernando de la Vega. Y la realización del proyecto correría a cargo de Don Enrique Egas, el arquitecto más puntero y cotizado del momento. Tanto se ensañarían los monarcas con su buena obra que están encima de todos los detalles. Opinan y deciden sobre la calidad y la disposición de la piedra, las normas de contratación de los trabajadores, la calidad de los muros que deben ser *“bien cimentados y muy recios”*; la distribución de patios y chimeneas y hasta de que la cubierta del edificio tuviese todas las garantías necesarias para resistir un clima tan húmedo y lluvioso; *“Se pongan las armas reales en alabanza y gloria de Dios, de la Virgen y del Apóstol; que haya agua en fuentes y patios, que se hagan muchas chimeneas...”*

No serían pocas ni fáciles *“las estorbaduras encontradas”* para la iniciación de tan piadosa empresa. Que si expropiaciones de terrenos, que si compensaciones y contrapartidas exigidas por el municipio. Que si los vecinos monjes benedictinos eran contrarios a ceder parte de su agua... Todo ello y más hubo de ser resuelto gracias a la monárquica firmeza aunque no falte quien lo atribuye a la favorable voluntad del Santo.

Patios, fuentes, gárgolas, artonados, verjas, canterías, altares, tallas, vidrieras. Un ejército de artistas y artesanos. Diez años de actividad febril pero cuidadosa llevó la empresa. Enfermos y peregrinos estrenaron aquel Real Hospital en 1509. Sería el más grande y el mejor dotado de los no pocos que por aquellos años había a lo largo del Camino.

Todo estaba minuciosamente reglamentado: cuadros médicos, higiene, confort, alimentación... *“El enfermo tenga una tabla de yeso en que escriba lo que el médico ordenare que se debe comer... El boticario traiga el libro en que asiente las medicinas que los manden dar... El médico sea obligado a mirar las aguas de cada enfermo y detenerse en cada uno algún espacio para informarse del largamente, y catándole la lengua al que hibiere menester...”*

No olvidaban las ordenanzas los cuidados del espíritu (*“Todos los ministros y dependientes seculares tendrán obligación de rezar cada día cinco veces el Pater Noster”*) ni la higiene y asepsia necesarias. La ropa de cama debería ser

mudada cada ocho días en verano y cada quince en invierno y la paja de los jergones cada seis meses. *“...Deshaciendo los colchones y limpiando la lana de ellos según la necesidad y particularmente la de las camas en las que muere alguno, para quitar peligro de que la enfermedad se pegue a otros...”*

El Real Hospital disponía de los medios mejores y más avanzados de la época. Médicos, ayudantes, instalaciones, botica... Enfermos y peregrinos eran atendidos *“en más de media docena de idiomas de los de Europa”*. Pero en demasiadas ocasiones la ciencia no alcanzaba lo suficiente para tanto enfermo y tanta enfermedad. (*“Frenéticos, nefríticos, maniacos, leprosos, posesos, flemáticos, coléricos, disentéricos, caniculosos, fistulosos...”*)

Así que, de vez en cuando, no había más remedio que recurrir a la gracia del Apóstol, que curaba *“no con medicamentos, jarabes, emplastos o pociones, sino con la gracia divina”* a los que estaban fuera de cuentas de la ciencia: *“... Devolvía la vista a los ciegos, el paso a los cojos, el oído a los sordos, el habla a los mudos, la vida a los muertos...”*

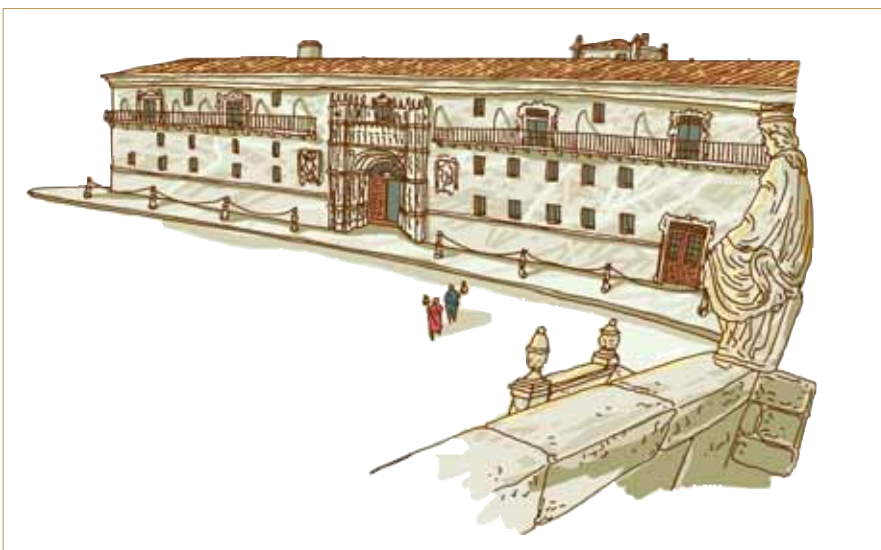
Decididamente, los Católicos Monarcas habían construido el mejor Centro de Salud de la atormentada cristiandad medieval. Así lo constataría un cronista y centro europeo peregrino: *“Es una obra magnífica y suntuosa, hecha de piedra, dotada de grandes recursos y fondos que tiene siempre a su disposición. Tiene propia y muy costosa botica, médicos, cirujanos y puede, indudablemente, rivalizar con los más primeros hospitales del Cristianismo...”*

Pero no siempre serían días de vino y rosas. Conocería el Real Hospital tiempos de litigios y penurias económicas, al punto de que sus recursos no alcanzaban más que para dar de comer a los peregrinos *“llegados con enfermedad”*, cuando su vocación y propósitos eran prestar solicitada atención a los romeros saludables.

Después de estos y otros muchos avatares, el Hospital- de siempre Hostería- sería convertido en Hostal por obra y gracia de aquel INI triunfal de 1958. El resultado de aquel Hospital/Hospedería es hoy este Parador. El viajero está ante el *“Hotel más antiguo del mundo.”* Desde fuera y dentro, del Obradoiro al Hostal, todo es una milagrosa sintonía de piedra y madera; de vidrio e hierro; de voces y luces. Todo amasado por los dedos del tiempo y por las manos de los hombres. Siempre con la ayuda y la sombra del Apóstol.

Dentro, en este Parador, todo es cuidado. Todo es respeto a la

sobrecogedora presencia del pasado. Pasillos y patios; corredores y estancias. Y hasta suelos, puertas y ventanas. Todo puro arte, cuando no artesanía. Siempre Historia guardada para el viajero del presente, que también ha hecho Historia en el Hostal. Ilustres e ilustrísimos personajes. Gentes del arte y la cultura. Políticos, científicos, sabios y universales personajes. Como los Reyes de



España, los Condes de Barcelona, Balduino y Fabiola, Humberto de Saboya, el Emperador del Japón; el argentino Menen, el portugués Mario Soares, el heterodoxo Salman Rushdie. Y Camilo José Cela, Severo Ochoa, Felipe González...

Revive aquí el forastero -que nunca lo será- en otros tiempos de esplendores y penurias cuya espada atravesó la historia para hacerla como acabó siendo. Las edades medias, románicas y góticas, imperiales, modernas y renacentistas, un poco barrocas siempre y, en ocasiones, hasta churriguerescas.



Vive el viajero en el más sabio confort que es el que presta el arte y la cultura, herencia del pasado y patrimonio compartido con el presente. Está el viajero instalado en un privilegio llamado Compostela, y este Parador quiere guardar celosamente el espíritu que animó a sus creadores: *“No hay lenguas ni dialectos cuyas voces no resuenen. Las tinieblas huyen del augusto recinto, que resplandece como el mediodía...”*

COMPOSTELA: LO DEMÁS SON CAMPAMENTOS

Santiago es más eterna que antigua

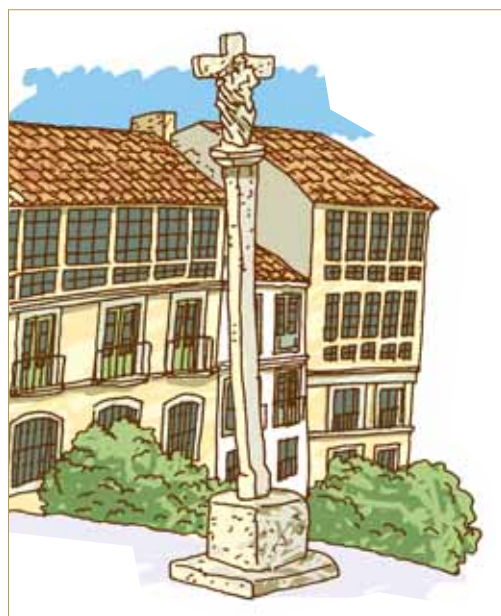
Valle Inclán

Lo ha dicho Camilo José Cela, siempre contundente; siempre genial, siempre certero: *“En España hay dos ciudades: Santiago y Salamanca. Lo demás son campamentos...”*

Por muchas veces que aquí vuelva -que es sitio de volver más que de venir- el visitante reconocerá como correctísima la exageración del Nobel. Esta ciudad de piedras llorosas es como la resurrección al pasado tal vez al acecho de su reencarnación infinita. Eterna como quiso Valle Inclán.

Es ciudad para respirar hondo. Para conceder un paréntesis de libertad a los mil sentidos del hombre. La vista del románico, del gótico, del barroco; el oído de las campanas, que más que música componen estados de ánimo; del olfato de incienso que se derrama por calles y plazas; del tacto de la piedra que llena las manos del pasado y de embrujos y milagros. Del gusto, que es aroma en el marisco...

La visita a Santiago tiene un punto de obligado origen: La **Plaza del Obradoiro**, que fuera sitio de trabajo de los obradores canteros y que es regalo y privilegio desde el plateresco umbral del Parador. Aquí está la Catedral, barroca hoy, románica ayer, que se apresura a enseñar el **Pórtico de la Gloria**, el mejor tesoro del arte y el espíritu compostelano, que hiciera inmortal al románico Maestro Mateo. A los lados, dos pequeñas torres románicas y barrocas. La **Torre de la Carraca** donde un día estuvo instalado un enorme instrumento de percusión, una matraca, que sólo sonaba por la Pascua, cuando enmudecían las campanas. En lo alto, la imagen del Peregrino, presidiendo plaza, ciudad y Cristiandad. Y la urna y relicario sobre el ventanal del centro.



Hay que rodear el templo. La fachada de la **Torre del Tesoro** con un saber estar palaciego, obra de Gil de Hontañón, dicen que a semejanza del Palacio de Monterrey de Salamanca. La **Fachada de las Platerías**, románica, es obra de los talleres de tres maestros: Esteban y su visión de Adán y Eva, y de David; del Maestro Cordero, que hizo el Cristo; y un tercer artista que interpreta la expulsión del Paraíso.

La **Puerta Real** es excelente muestra del barroco compostelano, construido a mediados del s. XVII por el arquitecto Andrade. La **Puerta Santa**, conocida también como **Puerta de los Perdones**, que sólo podrá ser abierta cada vez que un 25 de julio caiga en domingo, cuando es el Año Santo. Esculturas del Apóstol y otros santos. Y la **Fachada de la Azabachería**, mandada levantar por el Arzobispo Raxoi a mediados del s. XVIII en sustitución de la románica que había.

Todo que mirar en el interior, que es - además de todo lo que es y lo que representa- templo de templos y museo de museos. Que no es para una prisa. Precisa sosiego. Invita a reflexión. La **cripta**, el venerado **mausoleo de Santiago** y sus discípulos. El archivo donde se guarda el universal Códice Calixtino. Los museos que enseñan el proceso constructivo de la Catedral y una colección de tapices tejidos en base a cartones de inmortales firmas: **Teniers, Rubens, Goya...** El espectacular botafumeiro, sobrecogedor incensario, cuyo vaivén exige la fuerza de ocho hombres, que viene aromando el templo desde el siglo XIV.

Es tal la cantidad, el valor y el interés que por todas partes guarda y enseña esta ciudad

que conviene al visitante hacerse con alguna de las muy numerosas publicaciones que de todo tipo inundan los escaparates. La recepción del Parador facilitará gustosa la información más acomodada a los deseos y necesidades de cada uno.

De cualquier modo en lo que sigue se recuerda una breve selección de alguno de los lugares de obligada y nunca apresurada visita, que para hacer un alto y un reposo está siempre a la espera de un poco de pulpo y algo de ribeiro o alguna que otra exquisitez en forma de marisco.

Pazo de Raxoi: Hoy sede del Ayuntamiento y Presidencia de la Xunta de Galicia. El edificio, neoclásico, fue mandado construir por el Arzobispo Raxoi en 1757. Sirvió de seminario y cárcel. El **Pazo de Xerome**, es hoy el Rectorado de la Universidad y ya fue Colegio Universitario en el siglo XVII. Su portada neorrománica es un trasplante de la que hubo en el Hospital Viejo entre los siglos XII y XVI. El **Palacio de Gelmírez** muestra un románico civil de singular belleza. Fue suntuoso hogar de *“reyes, cónsules y otros magnates”* que aquí venían de peregrinación.

El Monasterio de San Martín Pinario. Después de la Catedral, tal vez el conjunto constructivo más sobresaliente. Se remontan sus originarias piedras a los primeros años del s. X. La obra iniciada por el Obispo Sisnando fue terminada en 1738. El **Retablo Mayor** es una de las mejores muestras de barroco gallego. El **Monasterio de San**

Pelayo. Mandado construir por Alfonso II para acoger la tumba del Apóstol. Hoy convento de Monjas Benedictinas. Magníficos retablos barrocos. **La Iglesia de San Fiz de Solorio.** Con toda probabilidad, la más antigua de Santiago sobre un antiguo oratorio del s.VI, destruida por Almanzor y reconstruida por Gelmírez. Sus muros del s. XVIII respetan la portada románica del siglo XIV.

La sola enumeración de monumentos religiosos y civiles se hace interminable: el **Palacio gótico de Don Pedro**, la **Iglesia de San Benito**, **Capilla de las Ánimas**, **Iglesia de Santa María del Camino**. Los **Conventos de San Agustín, de San Francisco, de Belvis**. Las **Casas de los Canónigos, del Deán, del Cabildo**. La **Iglesia románico-gótica de Santa María Salomé**. El **Arco de Mazarelos**, puerta que hubo en las antiguas murallas...

Y aún debería quedar tiempo y ocasión para los paseos y excursiones que el viajero pueda o apetezca. Por las costas, por las rías o hacia el interior, que por todas partes encontrará belleza, bienestar y buen acogimiento. Así son estas piedras; así son estas tierras:

*“También la piedra, si hay estrellas
vuela sobre la noche biselada y fría,
creced, mellizos lirios de osadía,
creced, pujad, torres de Compostela”.*

Gerardo Diego.

1. **Catedral.** Comenzó su construcción en el s. XI.
2. **Colegio de San Jerónimo.** Pórtico románico del s. XV.
3. **Palacio de Raxoi**, neoclásico.
4. **Palacio de Gelmírez**, s. XII.
5. **Monasterio de San Martín Pinario.**
6. **Iglesia de San Miguel Dos Agros.**
7. **Iglesia de San Benito.**
8. **Capilla de las Ánimas.**
9. **Iglesia de Santa María del Camino.**
10. **Convento de San Agustín.**
11. **Convento de San Francisco.**
12. **Casa del Deán**, barroco geométrico.
13. **Casa del Cabildo**, fachada barroca.
14. **Iglesia de la Compañía.**



LAS COSAS COMO SON: COCINAS SIN DISFRACES

“La cocina debe reunir las tres condiciones del Caballero del Verde Gabán: Limpia, abundante y sabrosa...”

Condesa de Pardo Bazán

Y

vaya si lo es. Pero por ser, es mucho más.

Esta cocina, todavía mucho más que otras, es su despensa. Que es el mar y la costa; y no es lo mismo. Que son los ríos y las rías; que son valles, bosques y montes; manantiales de carnes y hortalizas.

Es, además, Galicia otra geografía de excepción cuando se mira al interior. Capaz de aprender -y generosa para enseñar- de sus vecinos de también golosos paladares: Asturias, de cocina complementaria o viceversa. León, con borrosas fronteras y recetas compartidas en El Bierzo. La Sanabria zamorana, modelo de intercambio culinario. Y Portugal, que quita y presta hasta en el habla.

Pedir más sería temerario. Comer bien así tiene poco mérito, hacen como que reconocen los propios paisanos.

Sin embargo, hay en esto más misterio que simpleza. Son platos, casi todos, de muy simple -pero ni mucho menos fácil- elaboración. El gran secreto, dicen, está en el punto. La sabiduría es lograr respetar este variado y abundante repertorio de sabores naturales, huyendo de todo asomo de barroquismos, sofisticaciones y otros enmascaramientos.

Es regla ésta, sin excepción posible, aplicable a potes y caldos, a pescados y mariscos. A las carnes y hasta los postres.

Tal vez interese al viajero conocer la fórmula magistral para alcanzar la cocción del marisco. Tan simple, tan delicada.

Algunos generosos cocineros revelan y regalan su secreto: El agua ha de ser dulce y posteriormente salada a imitación de la del mar. Unas hojas de laurel y esperar a la primera ebullición. Se sumergen los mariscos sólo hasta que el agua vuelva a hervir. Se espera unos instantes, tal vez hasta un minuto, (según el tamaño de los bichos) y están listos para la mesa. En caliente, si de percebes se trata. Y dejar enfriar el resto al gusto del comensal. Lo más habitual es que la cocción se haga en vivo aunque hay maneras más piadosas que evitan el sufrimiento, emborrachando a los bichitos en vinagre.



Por lo demás, comer en Santiago no reviste más que una grave dificultad: la atormentante duda en la elección. Tanta es la variedad, tal es la incertidumbre tanto en Santiago como por cualquiera de sus contornos. Que el viajero está en este otro Obradoiro que es el de la cocina. Por la **Rúa de Franco** y por sus vecindades. Y, sobre todo, en el **Hostal de los Reyes Católicos**, que es un compendio completo y magistral de la cocina de estos pueblos celtas.

El Parador recupera antiguas recetas y crea otras propias: como un **Lomo de Lubina Asado en Piel de Tocino Ibérico con Habas a la Menta**. Una **Menestra de Pescado con Cachelos**. O **Vieiras Rellenas de Erizos**; **Marmita de Fideos con Bogavante**. **Solomillo de Ternera al Queso de Cebreiro**. Para postre, tal vez unas **Filloas Rellenas de Compota de Manzana**, salvo que se prefiera la indispensable Tarta de Santiago.

Quesos, sobre todo el de **Tetilla**. **Vinos Ribeiros, Albariños** y otros más. Todos con ese sutil puntito de aguja que tan bien los diferencia.

Y si el comensal se lo puede o quiere permitir, recuerde que está en la Santa Sede del **Orujo**, destilado gota a gota, de alambique en alambique. De casa en casa...



PARADOR "HOSTAL DOS REIS CATÓLICOS" Santiago de Compostela

Pza. do Obradoiro, 1. 15705 Santiago de Compostela (A Coruña)
Tel.: 981 58 22 00 - Fax: 981 56 30 94
e-mail: santiago@parador.es

Central de Reservas

Requena, 3. 28013 Madrid (España)
Tel.: 902 54 79 79 - Fax: 902 52 54 32
www.parador.es / e-mail: reservas@parador.es
wap.parador.es/wap/

Textos: Miguel García Sánchez Dibujos: Fernando Aznar